

hablar una palabra, hizo un signo para que esperasen Federico y el verdugo, y la mandó pasar.

Entraron en su gabinete.

—Ven aquí, Marciana, dijo la condesa dejándose caer en un divan; siéntate á mi lado, y déjame que te abrace, porque eres una de las personas que me han querido con mas sinceridad.

—¡Tanta bondad conmigo!....

—Todo lo mereces; ven: tenemos que hablar largamente, y me alegro que hayas venido; de otro modo, me hubiera marchado sin verte, sufro muchísimo, estoy trastornada y te confieso que ni me acordaba de tí, ni de nadie.

—No es extraño, señora; considerando esto mismo, he venido, sin mirar lo avanzado de la hora.

—¿Y dices que te lo ha dicho fray Benigno?

—¡Sí, señora!.... llegó á casa esta noche, iba pálido, desencajado; creí que se habia puesto enfermo, y le pregunté la causa de aquel trastorno que alteraba su semblante.—¡Se marcha!.... me contestó sin poder ya reprimir la emocion que le ahogaba, se marcha la condesa, Marciana, se marcha mi hija querida, y no la veremos mas!—¡Es posible!.... ¿y cuándo? le pregunté llorando con él.—Al amanecer de esta misma noche, me dijo; vá sola, sin un amigo, sin un corazon que la comprenda, sin un brazo que se consagre á su defensa en ese pais de cafres, donde morirá sin que hayan sabido apreciar el tesoro de virtud que encierra su alma.—Entonces no me queda tiempo que perder, exclamé levantándome enseguida para venirme; voy á verla, voy á despedirme, y á no dejarla un momento hasta que se haya estinguido el polvo que levante en el camino el carruaje que se la lleve, y aquí me tiene V. E. cumpliendo mi propósito.

La condesa, durante el anterior relato de la sencilla Marciana, habia tenido la mano puesta en el corazon, conteniendo su precipitado latir; cuando concluyó de hablar, se dejó caer en sus brazos y la dijo llorando:

—¡Gracias, amiga mia! ¡gracias!.... ¡cuán grande es tu voluntad!.... ¡cuán hermoso tu corazon!....

En realidad esta prueba de afecto era mas bien un pretesto para dar desahogo á su dolor, porque lloró mucho en el seno de la buena anciana, que no podia comprender la causa de un dolor tan íntimo y profundo. Este llanto fué un alivio muy grande, porque despues se sintió mas tranquila, y pudo decir:

—Siento dejar en este pais unos amigos tan buenos; pero en la India tengo un deber que cumplir, y aunque sola me voy á cumplirle, llevo á mi favor el apoyo de mis riquezas, que, como sabes, son inmensas, y el auxilio de Dios. ¿Qué mas puedo desear?

—Un amigo, señora, un corazon noble y leal que no se compra con el oro, exclamó Marciana.

Alejandrina bajó la cabeza; su viaje era tan peligroso, tan largo, que no se atrevió á invitar á nadie para que la acompañasen.

Esto lo comprendió fray Benigno, y participándoselo á Marciana, convinieron entre los dos obligarla á que se llevase á Federico, sin que pudiera rehusarlo, lo cual supo hacer la buena anciana de una manera admirable, empezando á desempeñar su papel con las anteriores palabras, que Alejandrina, si bien las oyó, no quiso contestarlas.

—Vucencia necesita un corazon honrado, prosiguió Marciana, un esclavo leal; pues bien, yo vengo á ofrecérsele, yo vengo á poner á su disposicion uno de mis hijos, Federico.

—¿Estás loca?... eso no puede ser.

—¿Y por qué, señora? ¡si él lo quiere!....

—Ni él ni tú sabeis dónde yo voy.

—Sea donde quiera, aunque V. E. vaya al fin del mundo, la seguirá mi hijo, siendo uno de sus esclavos; pero quizá el mas leal, el mas decidido.

—¿Y si no le vuelves á ver?

—Eso será lo que Dios quiera; de todos modos necesito alejarle de mi casa; en ella no puede vivir, porque he adoptado á una pobre huérfana á quien ama, con la que no puede casarse, y es preciso que se marche, donde nó la vea, donde pueda olvidar su amor.

—¡Oh! eso es una novela; cuéntamelo todo.

—¿Y se le llevará V. E.?

—Si tú lo quieres, si absolutamente te empeñas, me la llevaré, dijo la condesa.

—Cuando V. E. conozca esta triste historia, comprenderá la necesidad de este viaje.

—Ya te escucho.

Marciana refirió á la condesa la série de desgracias que habian hecho tan infeliz á la pobre Atilana, la pérdida de su dote, su casamiento con Clodomiro, la muerte de su madre, todo en fin, sin omitir la mas pequeña circunstancia; manifestando por último que la habia recogido en su casa, teniéndola como á una hija, siendo para ella este sacrificio mas doloroso, porque desde el momento en que Atilana entró á formar parte de la familia, salió Federico, que se fué á vivir con su hermano Andrés.

—¿De manera que tú siempre eres la providencia del desvalido?... exclamó la condesa enternecida por el relato de Marciana.

—Gracias á V. E. que me ha facilitado recursos para hacer todo el bien que puedo.

—Y te daré muchos mas; quiero que quedes aquí desempeñando el cargo de mi limosnera. Adalberto te entregará mensualmente una fuerte cantidad para que atiendas á las necesidades de los infelices que necesiten tu auxilio.

—¿Adalberto, no es el abuelo de Tránsito?

—Sí, él es; le he nombrado mi administrador general en la colonia de Santa Clara, y en verdad que todavia no lo sabe: los he visto esta noche y no he querido decírselo, por evitar las muestras de su gratitud.

—¡Siempre mostrándose V. E. generosa y grande!....

—¿Y para tí no quieres nada? ¡tú siempre tan humilde, tan modesta!....

—¿Y qué he de hacer, señora? en otra esfera no sabria vivir.

—Pues mira, no tienes otro remedio que dejar tu casita de la calle de Embajadores y venirte á habitar en este palacio. En él solamente quedan criados que estarán á tus órdenes, y tú me cuidarás mis flores predilectas, mis pájaros, vigilando siempre á la

servidumbre para que todo lo tengan en orden por si acaso se me antoja volverme enseguida. Ya ves como tambien te proporciono incomodidades.

—Eso es un obsequio mas que deberé á la bondad de V. E., y que no desairo, porque me place mucho ver á todas horas y tener bajo mi cuidado todos los objetos que han pertenecido á V. E., solo siento que quizá fray Benigno no quiera venirse aquí.

—Todo está previsto; si quiere vivir con humildad en el jardin tiene casitas rústicas, donde todo es tosco y sencillo, que elija una de ellas.

—Ya le convenceremos.

—Lo que deseo es veros á todos felices; que cuando me escribais, sea participándome vuestra dicha. Y á propósito: ¿se casó Andrés?

—Sí, señora; como en aquellos dias V. E. se hallaba enferma y no recibia á nadie, no pudieron venir.

—¡Pobrecillos!..... ¡Tanto como quiero á Martinica, y ni aun les he dado el regalo de boda!.... que me dispensen, y le reciban hoy de tu mano, aunque tarde, no importa; mi voluntad siempre es buena.

La condesa al decir esto se levantó, se acercó á su secreter y puso varios papeles en diferentes pliegos, los cerró con lacre y escribió en el sobre á quien iba dirigido cada uno.

Mientras practicaba esta operacion, Marciana salió á decir á su hijo que fuese á preparar lo necesario para el largo viaje que iba á emprender.

Federico recibió la noticia con alegria aparente; de su pecho se escapó un profundo suspiro, que no oyó su madre, porque en aquel momento entraron Adalberto y Tránsito y se acercó á saludarlos.

El verdugo estaba meditabundo y cabizbajo aguardando que la condesa le manifestára su resolucion; pero no pudo reprimir su impaciencia, y al ver á Adalberto, se acercó á preguntarle si el reo habia sido por fin indultado.

Cuando el anciano le contestó afirmativamente, exclamó con acento de profunda tristeza:

—Entonces mis servicios no son ya necesarios; por eso la condesa me ha olvidado; voy pues á retirarme.

Lindora se encargó de hacerle ver que su recelo era infundado, mandándole pasar de órden de la señora.

El pobre hombre, que habia llegado á perder la esperanza, volvió á recobrarla, y animándose su rostro con una fugitiva sonrisa, siguió á la doncella, encontrándose á poco en presencia de Alejandrina, que le dijo con su voz dulce y suave:

—Al fin S. M. se dignó atender á mi ruego concediéndome el perdón que solicitaba, y espero que merced á poderosas influencias, el reo estará pronto en libertad; esta circunstancia me ha impedido utilizar tus servicios; pero de todos modos como tu deseo era complacerme, quiero recompensarte como si lo hubieras hecho, dejándote una corta expresion que te ruego admitas en memoria mia.

Al decir esto, puso en sus manos una caja cerrada, que contenia un precioso reloj de gran mérito con su cadena, y una gruesa cantidad de dinero.

El ejecutor de la justicia lo recibió con sincero agradecimiento, besando conmovido la caja, y ofreciendo conservarla toda su vida, así como el recuerdo de la ilustre dama que tantas pruebas habia dado en España de nobleza y generosidad.

Cuando salió, entraron Tránsito, Adalberto y Marciana, que no querian abandonarla un momento hasta que marchase.

—Bien, quedaos, les dijo ella, no tardará en amanecer. Tengo pedido el coche para partir en cuanto raye el alba; en tanto permitidme escribir unas cartas.

Se sentó en su secreter, escribió varias cartas, puso sus papeles en órden, recogió otros y los colocó en una caja cuya llave guardó, entregando á Lindora la caja para que la pusiera en el equipaje.

Cerró y selló una porcion de pliegos; luego, enseñándoselos á Adalberto, le dijo:

—¿Podré esperar de V. el obsequio de que mañana, cuando me halle léjos de aquí, dirija cada uno de estos pliegos á su destino?

—Con mil amores, señora; será un honor para mí el poder complacerla.

—Bien, pues en este caso, aquí los dejo; Marciana se los entregará, puesto que ella queda al cargo de esta casa.

Volvió á colocarlos en el secreter, cuya llave entregó á Marciana, y entró en su tocador. Instantes despues salió elegantemente vestida de viaje.

Eran las cuatro de la mañana.

El carruaje estaba dispuesto, la servidumbre habia partido ya con los equipajes.

Alejandrina conoció que la hora llegaba y se sintió desmayar; hasta entonces la habia sostenido una escitacion febril que la daba fuerzas para llevar á cabo su inmenso sacrificio; pero al comprender que no tenia remedio, que estaba consumado, perdió su aparente energia.

Sus ojos se fijaban con ansiedad en la puerta del gabinete como si esperasen á alguna persona que no acababa de llegar.

La infeliz esperaba la bendicion del misionero, su eterno adios de despedida; mas no se presentó, ni el doctor tampoco.

Ya era de dia. El alba empezaba á teñir el horizonte de suaves y tornasolados arreboles. La pálida luz de la mañana penetró por los balcones; esta fué la señal de partida.

Alejandrina se levantó, hizo un poderoso esfuerzo para sostenerse, y abrazó llorando á sus amigos, á todos los que habian acudido á despedirla, les ofreció regresar muy pronto, aunque no pensaba cumplirlo.

Federico y Marciana se habian despedido anticipadamente, partiendo el jóven con Emma y otras dos doncellas en un carruaje que se adelantó al de la condesa.

La infeliz anciana sintió un desconsuelo profundo al separarse de su hijo; sin embargo, tuvo valor para no dejar que se conociera su pena. Su intencion era muy santa, muy buena, y cuando se hace una cosa bien hecha, es el dolor menos profundo, porque queda la satisfaccion de una conciencia tranquila.

Aunque la condesa no quiso despedirse de nadie, la noticia de su marcha se estendió rápidamente y la aguardaban al pié de la

escalera una multitud de personas que la estaban agradecidas por sus beneficios.

Arriba en el primer salon, al salir de su gabinete tambien se encontró con Rosa-Pálida, Senen, Silvia, Renata, Martinica, Ernesta, Andrés y una infinidad de señoras y caballeros.

Entre todos ellos la mirada melancólica y triste de Alejandrina buscó el apacible rostro de fray Benigno, buscó tambien el oscuro y severo del doctor Alonso; pero no estaban ni el uno ni el otro.

Su corazon se oprimió dolorosamente y murmuró para sí:

—Sin duda como les dije que no queria despedirme, me han obedecido creyendo así complacerme; sin embargo, esta vez los hubiera querido menos obedientes.

Exhaló un suspiro, y resignándose á no verlos, bajó la suntuosa escalera, hablando con unos y con otros y dando á todos sus amigos espresivas muestras de su cariño.

Tambien estaban allí Rita con sus hijos, y Carmela. En fin, amigo lector, quizá entre tantos me olvide de citar alguno; pero tú comprenderás muy bien que se agruparian al rededor del coche todas las personas que han figurado en nuestra historia y que podian hacerlo, escepto las que se hallaban alejadas por motivos particulares que no necesito explicarte, porque te supongo con el suficiente talento para conocerlo.

La condesa montó en el coche, despues de muchas lágrimas, muchos suspiros y muchos sollozos suyos y de los circunstantes.

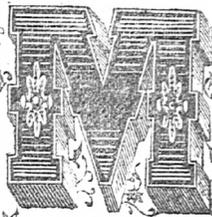
Lindora, su camarera favorita, que la acompañaba, subió detrás. Instantes despues el carruaje partió con rapidez, llevando la ilustre viajera las bendiciones y el amor de cuantos la despidieron, y eso que ninguno sabía aun el obsequio que les dejaba para memoria.

Marciana fué de todos la que sintió mas esta partida, porque apenas desapareció el carruaje, dobló la cabeza y cayó desmayada en brazos de sus hijos, que la rodearon llorando con amargura.

## CAPITULO XXII.



## Médico y padre.



MIENTRAS tenia lugar la despedida y marcha de la condesa, ocurría una escena dolorosa y triste en casa de Guillermina.

El casamiento fué interrumpido por el súbito acceso que privó al conde repentinamente de todas sus facultades, y esto sucedía á la misma hora en que la condesa estaba en la colonia, despues de su entrevista con el doctor y con fray Benigno. Estos, que no pensaron salir del palacio hasta que la hubieran visto partir, hallábanse en uno de los saloncitos mas próximos á la escalera.

El doctor, que con la revelacion de Alejandrina habia sufrido un choque terrible, estaba pálido, abismado en una triste meditacion. Un vivo dolor se retrataba en su semblante, y de sus ojos se desprendian lágrimas abrasadoras que escaldaban su mejilla.

Las exhortaciones del misionero, su sábia y sencilla elocuencia y sus palabras llenas de unción y de bondad, no eran bastantes á calmar la sorda tempestad que se agitaba en el corazon del doctor.

Y verdaderamente la lucha debia ser espantosa; todo lo sacrificó en aras de aquel amor que era su vida; por la esperanza de alcanzarlo, rompió los lazos que le unian á su familia, en cuyo seno hubiera podido encontrar la felicidad.

—¡Oh! ¡qué me queda en el mundo!... ¿para qué quiero la vida? exclamaba respondiendo mas bien á su propio pensamiento que á las consoladoras frases con que fray Benigno se esforzaba en dulcificar su amargo sentimiento.

—Para servir á Dios, hijo mio, hasta que su Divina Magestad se digne disponer de ella; empléala en hacer bien, en reparar el mal que has hecho en este mundo; y ya que voluntariamente te has separado de tu familia, vela siquiera desde léjos por tu hijo; ¡quién sabe si algun dia podrás tener el consuelo de estrecharle en tus brazos!

—Eso jamás; V. me pide un imposible.

—¿Por qué? ¿acaso no amas á tu hijo? ¿no sientes abrigarse en tu corazon ese amor paternal, tan dulce, tan santo, tan admirablemente grande?....

—Sí, señor; demasiado que lo siento; pero al par suyo se alza poderoso, avasallador el que me inspira Alejandrina, siendo su fuerza tan grande, que eclipsa todos los afectos de mi alma.

—Y lo comprendo; mas si Alejandrina no puede ser tuya, si ni aun puede quedarte la esperanza de que te ame algun dia, ¿por qué no empleas tu talento, tu razon y toda la fuerza de tu voluntad indomable para borrar de tu pecho esa pasion que nunca será correspondida?

—Solo arrancándome el corazon podria arrancar de él la imágen de mi prima. Pídame V. cualquier sacrificio y le haré en su obsequio; pero no me pida V. que la olvide, que deje de verla, eso nunca!....

—¿Luego piensas seguirla en este viaje tambien?

—Sí, señor; seré su esclavo, su criado, ya que no pueda ser su esposo.

—¿Y si ella te lo prohíbe?

—Iré contra su voluntad, sin que me vea, sin que conozca mi

resolucion; pero la seguiré de léjos, seré su sombra, que triste y errante me alejaré de su presencia mientras la vea dichosa, y me presentaré á defenderla cuando la amenace un peligro.

Fray Benigno miró con admiracion al doctor.

—Semejante amor, exclamó con voz solemne, es digno de premio, y yo te le concederia si estuviera en mi mano.

—Pues no espero recompensa; Alejandrina se halla absorta; subyugada su alma por otra pasion como la mia, no piensa sino en su propio sufrimiento y no se acuerda de nadie, solo de ese afortunado esposo cuya ausencia la tiene trastornada y medio loca de dolor.

—Lo que siente es vergüenza, porque le ama, y porque no puede decir á la faz del mundo, soy casada..... tengo un esposo..... una hija.

—En su orgullo mucho debe sufrir, y cuando ha consentido en tal enlace, debe haber sido su pasion aun, si cabe, mas violenta, mas fuerte que la que yo abrigo por ella.

Fray Benigno, que hacía rato estaba sosteniendo una conversacion que le destrozaba el alma, no pudo sufrir mas y se levantó, empezando á pasearse á lo largo de la sala.

Al llegar á una puerta que comunicaba con la escalera, sintió el eco de una voz fresca y juvenil que gritaba con demasiado brío, diciendo:

—Déjeme V. subir, ó que le llamen, necesito verle ahora mismo, y me han dicho que está aquí.

Fray Benigno se lanzó hácia la escalera exclamando:

—¡Lúcas! ¡hijo mio! ¿á quién buscas?

El misionero habia reconocido en aquella voz al hijo de Guillermina.

—¡Ay! ¡es V., padre mio!.... ¡qué fortuna! dijo el adolescente subiéndole á escape y precipitándose en sus brazos.

—¿Qué ocurre? estás agitado, pálido.....

—Busco al doctor Alonso; ¿no está aquí?

—Sí; ven y le verás; ¿para qué le quieres?

—Porque mi madre se muere, y el conde tambien, los dos es-

tán sin sentido; todos los criados han salido en busca de médicos, y viendo que ninguno llegaba, me dijo Ildemaro:

—Corre, Lucas; toma nuestro coche, que está á la puerta, y vé al palacio de la condesa de Paraná; allí estará el doctor, hazle venir, ó tu madre y mi padre se mueren sin auxilio humano.

Diciendo esto, habian entrado en el salon; el doctor escuchó las anteriores palabras, resonando cada una en su corazon como un eco doloroso.

Apenas le vió Lucas, corrió hácia él, y abrazándose á su cuello, le dijo llorando y con voz ahogada por los sollozos:

—¡Doctor!... venga V. por Dios á salvar á mi madre, que se muere y me quedo solo en el mundo!...

El padre y el hijo permanecieron abrazados algunos instantes. El doctor rompió á llorar, dejando que brotasen aquellas lágrimas bienhechoras, sin procurar contenerlas, á impulso del sentimiento sublime de la paternidad que inundó su alma.

—Vamos, vamos pronto, doctor, no hay un minuto que perder, decia con anhelosa impaciencia el adolescente tirando del brazo del doctor y presentándole el sombrero que vió sobre una mesa.

El doctor y fray Benigno cambiaron una mirada llena de inteligencia y de espresion.

La del primero era como una interrogacion al santo sacerdote, que conocia todos los secretos de su pecho, le demandaba un consejo, que con el mismo mudo lenguaje de los ojos no tardó en recibir, pues la espresiva mirada del sacerdote le decia:

—Sigue á ese niño, síguele; quién sabe si él te conducirá á la senda que nunca debieras haber abandonado.

Todo esto fué instantáneo; á los pocos momentos los tres montaban en el coche, dirigiéndose precipitadamente á casa de Guillermina.

Como no eran esperados, ni nadie sino Ildemaro sabía el objeto que llevó Lucas al salir, su llegada causó una verdadera sorpresa; pero sorpresa agradabilísima, porque la presencia de ambos era en alto grado necesaria.

A pesar de haber buscado diferentes médicos, aun no se habia

presentado ninguno, acaso por lo avanzado de la hora, y el conde, sufriendo horriblemente, entraba en una penosísima y larga agonía.

Guillermina permanecía sin sentido.

El doctor se presentó en la sala, viéndose perplejo, sin saber dónde acudir antes, porque en el gabinete de la derecha estaba Guillermina; en el de la izquierda el conde. Ildemaro le tiraba por un lado diciendo con lágrimas en los ojos:

—¡Mi padre!.... doctor, ¡mi padre!....

Por otro Lúcas exclamaba en el mismo dolorido tono:

—¡Por piedad!.... doctor! ¡mi madre!....

Fray Benigno se apresuró á cortar aquella indecision, diciendo:

—Acude á Guillermina; yo en tanto veré al conde.

El doctor, precedido por Lúcas, entró en el gabinete de la derecha. Se hizo cargo de la enferma, comprendiendo inmediatamente el origen del desmayo, haciéndole cesar con el uso de una fuerte esencia americana que casi siempre llevaba á prevención.

Rosa—Pálida y Renata estaban allí acompañadas de otras señoras; el doctor, dirigiéndose á la primera, la dijo entregándola el frasquito:

—Ruego á V. haga aspirar á la enferma esta esencia si se repitiera la congoja.

—Ya vuelve en sí, dijo Lúcas.

—No tardará en abrir los ojos, repuso el doctor levantándose para evitar que su mirada se encontrase con la de su muger.

—¿Se marcha V.? exclamó Lúcas.

—Voy á ver al conde; esto no vale nada, ha sido un desmayo sin consecuencias; guardad silencio, y no la permitais hablar ni una palabra.

La alegría reflejó en el rostro del niño, y mirando sin pena salir al doctor, se arrodilló al pié del lecho apoderándose de una mano de su madre, que cubrió de besos y de lágrimas.

Ildemaro estaba en la puerta del gabinete aguardando con viva ansiedad la salida del doctor.

—¡Mi padre se muere!.... le dijo apenas le vió.

—Veamos, veamos; quién sabe si se salvará, dijo el doctor atravesando la sala con rapidez y acercándose al lecho lleno de ansiedad, aunque sin esperanza de salvar al conde, porque conocía de tiempo atrás que su enfermedad era mortal.

Efectivamente la palidez cadavérica de la muerte se había impreso ya en aquel rostro marchito, desencajado, cubierto de un sudor frío, copiosísimo.

Un estertor ronco se escapaba de su pecho, y sus ojos, pensosamente cerrados, apenas se abrían para dar paso á una débil mirada que reflejaba con un brillo amortiguado y triste.

Todo su mal debía estar en el pecho, porque se le oprimía con ambas manos, sintiendo á veces una angustia tan dolorosa, que le obligaba á incorporarse cogiendo á puñados los ricos encajes de la sábana, y haciendo chocar los dientes con un castañeteo penoso.

—¡Esto es grave, muy grave!.... murmuró el doctor apenas le vió.

Ildemaro buscaba en el rostro del médico una esperanza de salvacion, y solo halló la horrible incertidumbre de una ansiedad sin término, porque las facciones del doctor espresaban el desaliento y porque nada dispuso que pudiera calmar la agonía del conde.

—¿No le manda V. nada? exclamó el jóven.

—No, hijo mio, dijo el doctor; no puedo disponer ninguna cosa sin que otro médico me acompañe.

—¿Tan grave está?

—Muchísimo; es preciso que enseguida tengamos una junta, donde otros profesores de reputado nombre puedan emitir su opinion; yo solo no me determino á emplear los enérgicos recursos que reclama su situacion.

Ildemaro salió á dar las órdenes convenientes para que al instante se cumplieran los deseos del doctor.

En tanto fray Benigno, que abrigaba la conviccion de que el conde se moria antes de amanecer, se sentó á la cabecera del lecho, disponiéndose para aprovechar el primer momento lúcido que se presentase, á fin de encaminarle por la senda de la religion cristiana, preparándole á bien morir.

El doctor salió de la alcoba, y acercándose al gabinete que ocupaba Guillermina, observó por entre las colgaduras sin atreverse á entrar.

## CAPITULO XXIII.

## Secreto descubierto.



ULLERMINA, al recobrar por completo el uso de sus sentidos, se incorporó vivamente en el divan en que estaba acostada, mirando con asombro en torno suyo.

Lúcas la abrazó exclamando con su infantil y dulce ternura:

—¡Mamá mia, estás á mi lado, en mis brazos.

—¡Hijo mió!... ¿eres tú? ¿y el conde? preguntó con ansiedad buscándole en torno suyo.

—Está bien, señora; acuéstese V. y descanse sin cuidarse de nada, la dijo doña Lucía temiendo que el niño cometiese la indiscrecion de anunciarla el alarmante estado en que se hallaba.

—Sí, mamá, yo te lo ruego, dijo Lúcas; vuelve á reclinar la cabeza en la almohada y permanece tranquila, sin hablar una palabra, y te pondrás buena en seguida.

—No; déjame; yo quiero levantarme.

—¡Señora!... exclamó doña Lucía deteniéndola.

—¡Por Dios, mamá, dijo Lucas, no te muevas; nos ha recomendado tanto el doctor Alonso que guardes quietud y silencio!....

—¡El doctor Alonso!.... ¿y á qué ha venido aquí ese hombre?... ¿quién le ha llamado?

—Pero no te alteres así; le llamé yo, fué corriendo al palacio de la condesa y le hice venir, porque te morias y no encontráramos ningun médico.

—¡Oh! ¡Providencia!.... ¡Providencia!.... murmuró Guillermina cubriéndose la cara con las manos.

El doctor, que se hallaba escuchando entre las colgaduras, comprendió por estas palabras que estaba descubierto; su muger le habia reconocido y quizá le odjaba.

Las señoras que la acompañaban creyeron que deliraba y quisieron hacerla recogerse en el lecho, á fin de procurar el apetecido descanso; pero ella, sin hacer caso de sus palabras ni de las súplicas y lágrimas de su hijo, se arrojó fuera.

Entonces se presentó el doctor, que comprendió sería muy peligrosa para su salud aquella funesta exaltacion, y quiso calmarla con su presencia, sin pensar que habia de surtir el efecto contrario.

Guillermina, así que le vió, se irguió rígida, pálida, con el semblante descompuesto y la mirada chispeante de indignacion, y exclamó en un tono trémulo por la ira que la agitaba:

—Caballero: la presencia de V. es inútil en esta casa, no necesitamos de su ciencia, ni de sus consejos.

—¡Dios mio! ¡está loca!.... dijo Lucas, apoyándole varias señoras que desde luego la creyeron trastornada.

El doctor bajó los ojos y sin hablar una palabra se disponia á retirarse, cuando Lucas, arrojándose á su cuello, le impidió la salida, diciendo:

—¡No se marche V., por piedad!.... reflexione V. que mi madre no sabe lo que se dice, está enferma y desvaría.

Guillermina, sobreponiéndose al impulso cólerico que la hizo proferir tan inconvenientes palabras, miró en torno suyo, vió que la rodeaban muchas personas y se salió al salon inmediato, diri-

giéndose á un divan, en el que se dejó caer quebrantada de fatiga y falta de fuerzas para sostenerse.

El doctor y Lúcas la siguieron.

—¡Mamá querida!... vuélvete á la cama, aquí no estás bien, decia el niño.

—Sí, hijo mio; me encuentro perfectamente; la indignacion que me abrasa, me dá ánimo para soportar los dolores y firmeza para sobreponerme á ellos; déjame; pues necesito hablar con este caballero.

—¿Pero si no sabes lo que te dices?... le insultarás otra vez y se marchará.

—Tú no comprenderás mis palabras, cuyo verdadero sentido conoce muy bien el doctor, ¿no es cierto? diga V. algo, y no permanezca tan silencioso, tan cabizbajo, como el criminal delante de su juez.

—Yo diré á V. cuanto quiera, cuantas esplicaciones se digne pedirme; pero será mañana; esta noche no puede V. alterarse, y la ruego que descanse, que no se agite, si desea la salud y la vida.

—¿Lo oyes, mamá? dijo Lúcas, ¿ves lo que dice el doctor?

—Ya comprendo su idea; lo dice por ganar tiempo; porque al amanecer estará muy léjos de Madrid y no podrá escuchar los cargos que hoy puedo dirigirle; ¿no es verdad, señor mio?

—No, señora; está V. equivocada.

—¿Cómo equivocada? ¿no se marcha V. con la condesa?

—Ignoro todavia lo que haré; no es una cosa decidida.

—Usted partirá, porque le llama en la India la voz de su hija.

—Silencio, señora; refrene V. su lengua, y no haga juicios temerarios; yo no tengo ninguna hija.

Esta conversacion pasaba cerca de la alcoba del conde; el estado de éste le impedia oír nada; no así fray Benigno, que comprendió inmediatamente el error en que estaba Guillermina, y proponiéndose deshacerle, salió al salon.

—¿Quieres ver cómo se encuentra el conde, amigo mio? dijo el

misionero dirigiéndose al doctor; me parece que su respiracion es menos fatigosa.

—Yo tambien deseo verle, exclamó Guillermina levantándose. El sacerdote la detuvo por el vestido.

—No conviene que V. se presente, la dijo; él necesita una tranquilidad absoluta.

—Permítame V. siquiera acercarme á la puerta.

—Si me dá V. palabra de no hablarle ni acercarse á la cama, corriente, venga V.

—¡Oh! sí; tenga yo siquiera el consuelo de contemplar su rostro.

Quando Guillermina se acercó á verle, ya el doctor estaba sentado á la cabecera examinándole con minuciosa atencion.

En la alcoba no habia nadie mas; pues Ildemaro, en su impaciencia por hallar médicos, fué él mismo á buscarlos.

El enfermo se hallaba al parecer tranquilo de la penosa agitacion que antes sufría, habia pasado á una calma aparente, muy halagüeña para los profanos, que lo creian una mejoría, siendo á los ojos de la ciencia un signo mortal.

Guillermina permaneció unos instantes contemplándole en silencio; luego, obedeciendo á una indicacion del misionero, volvió á sentarse en el divan.

—Ya he complacido á V. permitiéndola que le vea; ahora la ruego se retire y descanse tambien.

—¡Ay! no, señor; yo debo velar toda la noche; mi deber es asistir al conde, que quizá padece por mi causa.

—Eso es una aprension; él estaba enfermo desde hace mucho tiempo, y segun tengo entendido, el origen de su enfermedad fué un golpe que recibió en el pecho por salvar á Renata.

—Es verdad; mas le agravaron mucho los dolores morales que ha sufrido de algun tiempo á esta parte; esta misma noche debió padecer de un modo cruel al sentirse súbitamente acometido de ese accidente.

—¿Y fué antes ó despues de la ceremonia?

—En el momento de llegarnos al altar.

—¿De manera que aun no son Vds. esposos?

—No, señor, exclamó Guillermina con tristeza.

El sacerdote murmuró para sí:

—Era un matrimonio que rechazaban las leyes divinas y humanas, y no podía verificarse.

Como si la jóven hubiera conocido su pensamiento, se dispuso á interrogarle, y mandó retirarse á Lúcas, quedando sola con el misionero.

Éste dijo en voz alta:

—¡Quién sabe si el no verificarse este casamiento habrá sido un bien, hija mia!... desde luego debemos respetar los altos juicios de Dios y mostrarnos resignados y obedientes á los sábios designios de la Providencia.

—Nadie mejor que V. puede saber si ha sido un bien ó un mal, dijo Guillermina.

—¿Y por qué lo he de saber yo?

—Lo digo suponiéndole enterado de los secretos del doctor, ó hablando con mas propiedad, de Lúcas de Mendoza; pues V. sabe lo mismo que yo la significacion de ese negro tinte que oculta un cútis muy blanco, sirviendo solo de máscara.

Esto era abordar la cuestion de frente, sin buscar subterfugios ni rodeos; fray Benigno se alegró que la presentase así, porque deseaba con ansiedad enlazar aquellos corazones que nunca debieron estar separados.

Con esta idea dijo á su jóven interlocutora:

—¿Y habiendo reconocido á su esposo, consentia V. en casarse con otro?

—¿No me autorizaba él mismo entregándome una partida de defuncion? ¿No me ha hecho creer su muerte? ¿no me ha tenido abandonada por espacio de quince años?

—Es verdad que ha sido culpable de olvido, de abandono; pero ¿quién sabe si, arrepentido de estas culpas, vino disfrazado por conocer el estado de su corazon, y hallándole lleno de otro amor, no ha querido privarla de la felicidad que pudiera disfrutar en brazos del conde?

—Eso no es cierto; comprendo la verdadera causa de su con-

ducta y de su disfraz, que consiste en su amor por la condesa, en sus compromisos ya adquiridos por su secreto casamiento y en el indisoluble lazo que los une, puesto que tienen una hija.

—¡Señora!....

—¡Oh! no me lo niegue V.: ¿no ha vivido con ella desde que se marchó de aquí? ¿en el Brasil no han estado siempre juntos? ¿no han vuelto á España? ¿y no vuelven á marcharse otra vez reunidos?

—A todas las vehementes preguntas que V. me hace, no puedo contestar de una vez; permítame hablar y nos entenderemos; quiero desvanecer un error que puede ser causa de fatales consecuencias, aunque para ello tenga necesidad de descubrir un secreto que no me pertenece.

A pesar de que se pintaba en el rostro de Guillermina una viva ansiedad, pudo reprimirse y no dijo una palabra, esperando á que fray Benigno hablase. Éste, aproximándose á ella, la dijo en voz baja para que de nadie pudiesen ser oídos:

—El doctor estuvo dos años en Rio-Janeiro, mientras que la condesa viajó conmigo por lo interior de la India. Llegamos á un punto donde el rey de una de aquellas incultas y salvajes naciones se enamoró de Alejandrina, obligándola á ser su esposa, en lo que consintió de buen grado, no solo porque así salvaba su vida, la mia y la de toda su servidumbre, sino porque á su vez habia tambien sentido por el jóven rey una pasion profunda y un deseo ilimitado de conducirle por medio del amor al seno de la religion cristiana.

Esta es la pura verdad; la hija que tiene es suya, con él ha vivido dos años, con su permiso vino á Madrid, y obedeciendo sus ordenes se vuelve á la India mañana al amanecer.

En cuanto á su primo, jamás le amó, ni ha existido entre ellos la menor sombra de compromiso amoroso. Créame V., amiga mia; mi lábio no sabria mentir por nada en el mundo, ni la austeridad del cargo que ejerzo me permitiria ser cómplice de la infamia que V. ha imaginado y que no tiene fundamento alguno.

Fray Benigno cesó de hablar; pero Guillermina permaneció en silencio, absorta en sus reflexiones, avergonzada á la vez y con-

fundida por haberse dejado llevar de ese pernicioso instinto que nos hace pensar siempre en lo peor.

En aquel momento se presentó el doctor en la puerta de la alcoba. Con una mirada se hizo cargo de la situación, comprendiendo que su muger estaba enterada de todo.

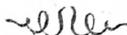
Fray Benigno se levantó, y cediéndole el asiento que ocupaba cerca de Guillermina, entró en la alcoba á situarse á la cabecera del enfermo.

Los dos esposos se hallaron cerca el uno del otro sin atreverse á pronunciar una palabra, sin poder alzar los ojos para mirarse y sin fuerza para lanzarse ni una acusacion, ni una caricia, ni una queja.

Embargados por un sentimiento indefinible, ambos procuraban contener el precipitado latido de sus corazones, oprimiéndose el pecho con las manos, sin que esto les diera mas libertad para explicarse, sucediendo por el contrario que su emocion se aumentaba, las lágrimas se agolparon á sus ojos, desbordándose en un raudal copiosísimo á la vista de Lúcas, que se presentó en aquel oportuno momento, quedando fuertemente estrechado entre los brazos de sus padres.



## CAPITULO XXIV.



## Agonía y muerte.



**E**RAN las cuatro de la mañana, y la condesa, que estaba á punto de partir, buscaba con ansiedad en torno suyo á fray Benigno y al doctor; pero hallábanse ambos en casa de Guillermina presenciando la triste agonía del conde y asistiéndole en sus últimos momentos.

Ildemaro, con el afán de un buen hijo que daría por la vida de su padre la suya propia, llevó á la cabecera de aquel lecho de muerte á los mejores médicos de Madrid, siendo inútil su empeño, pues por unanimidad declararon mortal la enfermedad del conde.

Atendiendo á la salvacion de su alma, le mandaron administrar los Santos Sacramentos, que recibió con la tranquila resignacion de un buen cristiano, despues de haberse confesado con fray Benigno, en cuyo noble pecho depositó los amargos secretos de su vida.

Guillermina, apenas se hubo apertibido del inminente peligro que